

Las maravillas de la gracia divina

Ignacio Andereggen

Profesor titular ordinario de Metafísica y de Gnoseología en la Pontificia Universidad Católica Argentina; profesor invitado en la Pontificia Universidad Gregoriana y en el Ateneo Pontificio Regina Apostolorum de Roma. Miembro de la Pontificia Academia Romana de Santo Tomás de Aquino y de Religión Católica.

La gracia de Dios es el fundamento de toda la vida cristiana, es el germen que nos lleva hacia la eternidad, el inicio de la perfección que es nuestra verdadera vocación. Como nos dice Nuestro Señor en el Evangelio: «Sed perfectos como es perfecto vuestro Padre celestial»¹.

Por tanto, para ordenar nuestra vida, utilizar los medios de la vida espiritual y recibir los sacramentos, debemos tener siempre presente la realidad de la gracia divina, que es el fin al cual se ordenan los sacramentos y, más aún, toda la realidad temporal, todo lo que hacemos. Esa gracia es esa semilla que, como dice el Evangelio², crece hasta hacerse un árbol grande en la eternidad, esto es, en la visión beatífica de Dios en el Cielo.

Trataremos a continuación acerca de una obra clásica sobre la gracia que tiene al mismo tiempo carácter teológico y espiritual. Es de un gran autor del siglo XIX que se llamaba Mathias Scheeben (1835-1888), quien a su vez reelabora un texto del jesuita español Juan Eusebio Nieremberg (1575-1658): *Del aprecio y estima de la divina gracia*. El libro de Scheeben se titula *Las maravillas de la gracia divina* y está basado tanto en las grandes autoridades de la época patristica como en los grandes teólogos y Santo Tomás de Aquino.

Cada naturaleza creada tiene su perfección propia, ninguna posee las perfecciones de todas las demás. El elefante tiene la fuerza del león, pero no su agilidad; el león tiene la fuerza del elefante, pero no su corpulencia. Tienen los animales algo de que carecen las plantas: la sensibilidad, mas no se cubren como estas de flores³.

¹ Mt 5,48.

² Cf. Mc 4, 31-32.

³ M. -J. SCHEEBEN, *Las maravillas de la gracia divina*, I, 7, Palabra, Madrid 1981, 54.

Esto se refiere a la belleza de la creación. Dios, «mil gracias derramando»⁴, repartió las perfecciones que Él tiene de manera infinita y unida en todas las creaturas de manera distinta y sustancial. Cada una de ellas es semejanza de Dios de una manera propia, y tiene perfecciones particulares. Sin embargo, la imperfección de la condición creada implica que lo que una tiene no la tengan las otras siempre.

El hombre, por su alma racional ha sido elevado mucho más alto que los animales; no obstante, muchos de estos poseen cualidades que no tiene el hombre. Por el contrario, Dios, en la simplicidad de su esencia, posee en grado eminente las perfecciones de todas las creaturas juntas, así como la luz solar contiene, en su simplicidad, toda la variedad de los colores del arco iris. Las diversas naturalezas creadas son a modo de rayos de colores diferentes que proceden en su totalidad de un solo rayo. Tanto la naturaleza espiritual de nuestra alma como la de los ángeles son sin comparación más perfectas que la naturaleza de los cuerpos materiales⁵.

Esta imagen del rayo de sol es usada en toda la historia del pensamiento por los filósofos, pero, sobre todo, se encuentra en la Sagrada Escritura⁶, en los grandes Padres de la Iglesia y en los místicos. Muy especialmente Dionisio⁷ expresa esta contemplación de Dios como la suma de todas las perfecciones unidas, las cuales se derraman, se expanden a través de todas las creaturas, formando como una especie de arco iris metafísico. En efecto, todas las perfecciones están combinadas y refractadas de manera distinta en cada una de las creaturas y, a su vez, el conjunto de estas creaturas muestra la perfección de Dios. Todo esto lo podemos conocer respecto del orden natural; sin embargo, «nótese que no pasa de ser la refracción de un rayo del sol divino, tal vez la más hermosa, pero que no contiene todas las otras»⁸.

Aquí se ve la diferencia fundamental respecto de la gracia, es decir, cómo es la gracia comparada con la naturaleza, con las esencias, las sustancias de las cosas.

Por el contrario, tratándose de la gracia, la luz de la gloria divina pura y perfecta, en forma de rayo entero y acabado, desciende sobre nuestra alma,

⁴ SAN JUAN DE LA CRUZ, *Cántico espiritual*, canc. 5.

⁵ M.-J. SCHEEBEN, *Las maravillas...*, 54.

⁶ Cf. Lc 1,78.

⁷ Cf. DIONISIO AREOPAGITA, *De divinis nominibus*, IV, 4, PG III 697 B- 700 C.

⁸ M.-J. SCHEEBEN, *Las maravillas...*, 54.

convirtiéndose esta en imagen perfecta de Dios, en quien se reflejan todas las perfecciones creadas⁹.

La diferencia está, entonces, en la totalidad. El alma que ha sido elevada a la condición de la gracia —que participa de la realidad de Dios por la gracia— refleja la totalidad de las perfecciones divinas. Porque, como explica Scheeben,

aunque seas pobre de bienes materiales, a nadie envidies; por rico que seas en dinero, en fuerza, en honores, en ciencia, piensa que el más necesitado de tus hermanos, si está en gracia, es infinitamente más perfecto y feliz que tú, ya que posee en su corazón el reino más hermoso, el Reino de Dios, del que Jesucristo ha dicho: *El Reino de Dios está en vosotros* (Lc 17,21)¹⁰.

Para captar estas perfecciones unidas es necesario tener una mirada especial, una experiencia que proviene únicamente de la gracia misma. Esa experiencia, por sí misma, produce gozo, porque Dios es absolutamente feliz. Esto ya lo sabían los filósofos; lo sabía Aristóteles¹¹. En el Nuevo Testamento es revelado con absoluta certeza y con superior profundidad. Dios tiene una vida felicísima que expande, que difunde a todas las creaturas. Scheeben se inspira en parte en Dionisio, el cual manifiesta cómo la bondad de Dios es difusiva¹², y todos los autores de la teología clásica se apoyaban sobre este pensamiento para captar lo más propio de la vida cristiana, que es la gracia. A este respecto dice Scheeben: «Mas objetas: -yo no percibo este esplendor; de nada me sirve un tesoro de que no disfruto»¹³.

Esta es la objeción de la vida corriente y, también de la modernidad. La gracia no se ve, no se experimenta, no se percibe. En realidad la objeción proviene del hecho de que no estamos preparados para percibirla. Para ello es necesaria una transformación profunda, que algunos autores expresan con el símbolo de la noche, como San Juan de la Cruz. Es la *noche oscura*, la transformación que consiste en una especie de *choque de conciencias*: la que viene de la vida corriente que es superficial y la que viene de la gracia; por que

[...] no ven tus ojos ese tesoro, y sin embargo *lo tienes dentro de ti*. Si por ventura eres dueño de un diamante todavía no tallado, no te das cuenta de su valor; de su hermosura; con todo, en sí mismo, vale tanto como si

⁹ *Ibidem*.

¹⁰ *Ibidem*, 54-55.

¹¹ Cf. ARISTÓTELES, *Metafísica*, XII, 7, 1072b15.

¹² Cf. DIONISIO AREOPAGITA, *De divinis nominibus*, IV, 1, PG III, 693 B-696 A.

¹³ M.-J. SCHEEBEN, *Las maravillas...*, 55.

estuviera tallado. Pasa lo propio cuando tomas en tus manos la semilla de un árbol gigantesco; no sospechas que allí está oculto un hermoso árbol. Ocurre otro tanto con la perfección que te comunica la gracia; no la ves, está oculta. *Somos ya ahora hijos de Dios*, dice San Juan, *mas lo que seremos algún día, cuando lo contemplemos a Dios tal cual es, no aparece aún* (1Jn 3,2). Mientras no contemples a Dios cara a cara, no verás en ti su imagen. La gracia es como el primer fulgor del sol divino; aguarda a que este sol se eleve, a que muestre su esplendor, a que te penetre por entero de su ardor y te glorifique; y tu gloria te dejará tanto más arrobado cuanto por más tiempo estuvo oculta. Hasta ese momento, como te lo advierte el Apóstol, deberás moverte en la fe y no en la visión, deberás creer en la palabra infalible de Dios. *Por medio de la fe*, dice San Pedro, *Dios nos conserva para una felicidad que se nos revelará en los últimos tiempos, cuando aparezca el Señor*. Por él tenemos *la viva esperanza de una herencia imperecedera, incorruptible, inmarcesible, que se nos reserva en el cielo* (1Pe 1,4-5)¹⁴.

La gracia es anticipo del Cielo. Por eso tiene una potencia estrictamente extraordinaria, en el sentido de que está presente de una manera que no manifiesta toda su perfección. Esa perfección está como germinalmente presente. La gracia empieza en esta vida y termina en un desarrollo pleno, que consiste en la eternidad, en la visión de Dios.

Por sí misma causa felicidad y, por ello, la vida perfectamente feliz es la vida contemplativa. La vida activa tiene una felicidad derivada, tiene también su propio tipo de felicidad, pero esta felicidad es inmensamente inferior a la de la vida contemplativa, porque se refiere a las cosas exteriores. En efecto, la actividad, en última instancia, termina siempre en lo que está afuera, en las realidades extrínsecas. Estas realidades son inferiores al alma del hombre, son realidades que lo dispersan, que no contienen la unidad de la perfección divina, es decir, de todos esos atributos, de todas esas perfecciones que están juntas en Dios. Las realidades creadas tienden por sí mismas a la dispersión, y sobre todo las cosas materiales, las cuales ni siquiera tienen la perfección del ser. En efecto, son materiales, lo cual significa que tienen una imperfección incorporada: la potencia o indeterminación.

Por eso, la vida activa tiene siempre un carácter también imperfecto. Por lo tanto tiene en sí un germen de infelicidad, como se desarrolla de hecho, sobre todo a causa de la imperfección de este mundo, que no es solamente la de la naturaleza sino también la del pecado original y los pecados personales que se siguen uno a uno en la historia de la humanidad. Es por esto por lo que la vida activa es siempre fuente de angustias, tristezas, conflictos, litigios, aunque tiene también su propia felicidad. Pero esta felicidad no es capaz de

¹⁴ *Ibidem*.

saciar plenamente al hombre, y tanto menos es comparable con la felicidad que por sí misma implica la contemplación de Dios.

La gracia, en cambio, contiene el germen de esa contemplación y, por esto, aquel que está en gracia es ya contemplativo, y tiene para eso los dones del Espíritu Santo, que se otorgan junto con aquella. Los principales de estos dones son, justamente, los contemplativos: el don de sabiduría, el de entendimiento y el de ciencia. Estos dones del Espíritu Santo nos hacen experimentar desde Dios, nos hacen ver y percibir la realidad desde Él.

Por ello, la vida cristiana es siempre esencialmente contemplativa, y si es activa tiene esta acción su valor desde la contemplación. Como explicaban los grandes teólogos y también Santo Tomás, la verdadera acción que puede dar felicidad y que no empaña la felicidad de la contemplación implícita en la gracia es la acción que surge de la contemplación, es «entregar a los otros lo que se ha contemplado»¹⁵; pues, como explica en autor al que venimos siguiendo:

En la misma gracia tienes la prenda y el germen de la futura glorificación de tu cuerpo y de tu alma. Si todavía gimes bajo la esclavitud de tu carne, si estás afligido a causa de tus penas y defectos, suspira con el Apóstol por la libertad y la gloria de los hijos de Dios; llegará un día en que, por la virtud de la gracia, tu misma carne se verá exenta de todo sufrimiento y temor de muerte, y se volverá sutil, radiante como el sol, ágil como el águila, engalanada de todas las perfecciones que admiras en los bienes materiales¹⁶.

Aquí el mundo material adquiere su finalidad última, puesto que todas las cosas sirven para manifestar la gloria y la perfección de Dios, y eso se realiza de una manera natural que no nos puede saciar, pues accedemos a ella desde esta vida activa que decíamos, y se realiza, también, en una condición sobrenatural. Incluso las cosas materiales manifiestan la perfección del cuerpo glorificado, resucitado, que es aquel cuyo germen se contiene en la vida de la gracia, que no solamente renueva el alma sino también el cuerpo, ya que renueva a toda la persona.

La vida de la gracia es, por lo tanto, el centro de toda la vida cristiana, es el tesoro que debemos custodiar para alcanzar nuestro fin, nuestro pleno desarrollo, nuestra felicidad. Así, dirá Scheeben: «Cristiano, para que puedas desde ahora hacerte una idea de la gloria y la dicha que acarrea la gracia,

¹⁵ *S.Th.*, I-II, q. 188, a. 6, c.: «Sicut enim maius est illuminare quam lucere solum, ita maius est contemplata aliis tradere».

¹⁶ M.-J. SCHEEBEN, *Las maravillas...*, 54.

quiero mostrártela en toda su grandeza en aquel instante en que su luz deja lugar a la luz de la gloria»¹⁷.

El instante en el cual «su luz deja lugar a la luz de la gloria» hace referencia a cuando la gracia que tenemos ahora se transforma en la vida del Cielo.

Comprenderás cómo por ella participas de un modo real y perfecto de la naturaleza divina.

Cada naturaleza se reconoce en su virtud y su actividad específica. Las plantas se diferencian de los animales por su crecimiento, sus flores y sus frutos; los animales se distinguen de las plantas por sus sentidos y su locomoción; el hombre se destaca de los animales por su razón y su libertad.

El hombre, por su razón, en cierto modo, es semejante a Dios; con todo, existe una diferencia infinita entre la naturaleza divina y la naturaleza humana. Asimismo, la inteligencia de los hombres y de los ángeles solo puede conocer las creaturas, los seres finitos, creados; es incapaz de contemplar cara a cara al Dios infinito. Las creaturas racionales pueden conocer a su Creador y Señor, pero solo de lejos: *Cada uno lo contempla de lejos (Job 36,25)*. Más alejada está de la creatura la majestad de Dios que el sol de la tierra. La creatura solo ve la orla de su vestido, el reflejo de su gloria, la maravillosa grandeza de la creación¹⁸.

Nunca podemos conocer a Dios como es en sí. No podemos ver la esencia de Dios, ni tampoco podemos tener una idea o concepto de Dios. Todo lo que vemos en la grandeza de la creación dista infinitamente de la realidad de Dios en sí.

Según las palabras del Apóstol, Dios, *Rey invisible de los siglos, a quien ningún hombre ha visto ni puede ver; habita en una luz inaccesible (1Tim 6,16)*. Esta es demasiado resplandeciente, su gloria demasiado grande, para que la creatura, sin quedar cegada pueda fijar sobre él su débil mirada. Por tal motivo, hasta los querubines se cubren la faz ante él y se prosternan en el polvo de la tierra para adorarlo. Solo Dios, por su naturaleza, puede conocerse; solo *el Primogénito que reposa en el seno del Padre (Jn 1,18)*, que tiene la misma naturaleza del Padre, lo ve cara a cara; *solo el Espíritu Santo, que está en Dios, penetra y sondea su naturaleza íntima, así como solo el espíritu de un hombre conoce a este hombre (1Cor 2,11)*¹⁹.

Este es un pensamiento central en todo el mensaje de Jesucristo: nadie puede conocer a Dios, sino que solamente Él se conoce a sí mismo.

¹⁷ *Ibidem*, I, 8, 57.

¹⁸ *Ibidem*.

¹⁹ *Ibidem*, 57-58.

Solamente el Hijo conoce al Padre, y solamente el Padre conoce al Hijo. El Espíritu Santo no solo conoce al Padre y al Hijo sino que lo revela.

El Espíritu Santo es Persona divina y, por tanto, conoce. Así la Sagrada Escritura y, sobre todo, el Nuevo Testamento, presentan la realidad de Dios. Comienzan a revelarla desde el significado del conocimiento que Dios tiene de sí mismo. Ese es el punto de contacto con nuestra naturaleza. Lo más elevado que podemos decir de Dios, según el pensamiento de Aristóteles, es que Dios se conoce a sí mismo²⁰. En efecto, Él es «conocimiento de conocimiento». Desde allí parte la Revelación, y nos dice que solo Dios se conoce a sí mismo, pero que ese conocimiento puede ser transmitido al hombre: para que este pueda acercarse a Dios y, por ende, pueda participar de la condición de ese conocimiento pleno de Dios.

Por eso nos dice el Evangelio de San Lucas que cuando Jesús dijo estas palabras referidas al conocimiento de Dios, lo dijo lleno de gozo. En efecto, dice el Evangelio:

En aquel momento, se llenó de gozo Jesús en el Espíritu Santo, y dijo: «Yo te bendigo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has ocultado estas cosas a sabios e inteligentes, y se las has revelado a pequeños. Sí, Padre, pues tal ha sido tu beneplácito. Todo me ha sido entregado por mi Padre, y nadie conoce quién es el Hijo sino el Padre; y quién es el Padre sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo se lo quiera revelar».

Volviéndose a los discípulos, les dijo aparte: «¡Dichosos los ojos que ven lo que veis! Porque os digo que muchos profetas y reyes quisieron ver lo que vosotros veis, pero no lo vieron, y oír lo que vosotros oís, pero no lo oyeron»²¹.

La vida sobrenatural es, entonces, vida de conocimiento de Dios, es recibir ese conocimiento que Dios tiene de sí mismo. Lo recibimos por la acción del Espíritu Santo en nosotros, que nos hace conocer, y a través de nuestra asimilación al Verbo encarnado, por cuya semejanza nosotros conocemos a Dios. Esto es, justamente, la vida de la gracia. No se trata solamente de una operación pasajera, de un momento de éxtasis, sino que se trata de toda la existencia, es decir, del ser mismo del hombre que está elevado por la gracia: es nueva vida.

El Espíritu Santo nos hace conocer toda la verdad, porque esta vida de la gracia es vida en el Espíritu Santo. En otras palabras, es esta vida que consiste en el conocimiento de Dios, que va creciendo hasta hacerse el árbol gi-

²⁰ Cf. ARISTÓTELES, *Metafísica*, XII, 7, 1072b20.

²¹ Lc 10,21-24.

gante²², hasta la eternidad, de una manera que supera totalmente cualquier movimiento natural. Es una vida que participa de la infinitud de Dios, y por eso tiene todo lo que Dios tiene; refleja todos los atributos divinos, aunque no los pueda abarcar ni agotar ni siquiera en la eternidad.

En el Evangelio según San Juan tenemos la revelación de esta Persona que nos enseña todo, que es el Espíritu Santo. A esta Persona atribuimos la producción de la gracia en nosotros: Él la mantiene, Él la acrecienta, puesto que nos mueve hacia el conocimiento pleno de la verdad:

Mucho tengo todavía que deciros, pero ahora no podéis con ello. Cuando venga él, el Espíritu de la verdad, os guiará hasta la verdad completa; pues no hablará por su cuenta, sino que hablará lo que oiga, y os anunciará lo que ha de venir. Él me dará gloria, porque recibirá de lo mío y os lo anunciará a vosotros. Todo lo que tiene el Padre es mío. Por eso he dicho: Recibirá de lo mío y os lo anunciará a vosotros²³.

La acción del Espíritu Santo nos une con la vida trinitaria. Por eso, este conocimiento que nosotros tenemos viene del Espíritu Santo. Si lo más perfecto que tenemos es el conocimiento, aquello que primero *toca* la acción de Dios en nosotros es ese conocimiento. En efecto, recibimos el Espíritu Santo que es fruto del conocimiento de Dios. Él toma de lo del Hijo, procede del Padre y del Hijo, y el Hijo procede del Padre por el conocimiento. Por tanto, el Espíritu Santo nos hace conocer. A través de Él se prolonga en nosotros la vida trinitaria, precisamente por su contacto nos conectamos con la vida trinitaria. Es el Espíritu Santo el que produce la gracia en nosotros, y desde nosotros esa gracia crece asimilándonos al Hijo de Dios y llevándonos al fin, que es la vida del Padre.

En nosotros, en este mundo, la vida trinitaria se reproduce como si fuera una imagen invertida, como si fuera la imagen de una cámara fotográfica antigua. La misma parece dada vuelta porque estamos lejos de Dios. Sin embargo, ese es el fruto de la maravilla de la gracia que, comenzando por donde estamos, nos lleva hacia la realidad propia de Dios, supera esa inversión de la lejanía de Dios. Eso es fruto del amor, que es el Espíritu Santo, que produce la gracia en nosotros y, con ella, produce el conocimiento y el crecimiento hacia el conocimiento pleno, que es la vida eterna. Por tanto, dirá Scheeben:

Si quieres ver a Dios cara a cara es menester que el ojo de tu alma se torne como divino. Debe caer el velo que lo cubre; debe iluminarle, transformarle la luz del sol divino; solo de esta suerte podrás fijar en Dios una mirada firme, segura. Esto se produce en nosotros por el Espíritu del mismo Dios

²² Cf. *Mc* 4,31-32.

²³ *Jn* 16,12-15.

cuando, por la gracia, nos hace participantes de la naturaleza divina. En términos espléndidos nos lo dice el Apóstol: *Descubierta la mirada, somos transformados en la imagen perfecta de Dios, como por el Espíritu del Señor avanzamos de claridad en claridad* (2Cor 3,18)²⁴.

Este es el fruto del Espíritu Santo que, prolongando en nosotros el dinamismo de la vida trinitaria, hace que lo que está invertido y lejos de Dios, lo que de ninguna manera puede acercarse a la condición infinita de Dios, se transforme en esa condición; eso es lo propio de la gracia. Por eso habla aquí San Pablo de la imagen: «Somos transformados en la imagen perfecta de Dios». Mientras tanto somos imagen imperfecta de Dios. El hombre siempre, por naturaleza, es imagen de Dios, pero es imagen imperfecta en cuanto no tiene la vida del mismo Dios así como es, es decir, la vida trinitaria.

San Juan a su vez dice: *Seremos semejantes a Dios, cuando lo veamos como él es* (1Jn 3,2). El mismo Hijo de Dios dice a su Padre: *Padre, la misma gloria que me diste, la que yo tenía junto a ti desde el comienzo del mundo, yo les he dado* (Jn 17,5. 22).

En el cielo conoceremos a Dios como él se conoce a sí mismo. *Entonces conoceré como yo me conozco* (1Cor 13,12), dice el Apóstol. Es de todo punto imposible que tengamos un conocimiento tal, propio solo de la naturaleza divina, sin participar verdaderamente de esta naturaleza divina. En frase de un doctor de la Iglesia [Dionisio Areopagita], la visión de Dios no puede caernos en suerte sino a condición de que seamos divinizados. Y si participamos en verdad de la naturaleza divina y nos divinizamos, ello se manifestará por la participación en el conocimiento de Dios²⁵.

Con ello hemos alcanzado el punto de partida de nuestras reflexiones, que es captar al mismo tiempo la diferencia entre la vida corriente y la vida divina —la vida de la gracia—, y darnos cuenta de que efectivamente estamos llamados a esa vida divina plenamente desarrollada, de la cual tenemos el inicio por la gracia.

Siempre la vida cristiana se apoya sobre una experiencia, sobre un afecto que renueva la vida y que viene del contacto directo con Dios. Ese es el punto de partida y es, en cierta manera, también el fin cuando está desarrollado. Todo lo demás en la vida cristiana se organiza alrededor de este fundamento, pero se trata de un fundamento espiritual, interior. Es el único que nos puede sacar del estado de dispersión mental para colocarnos en el camino recto. Es el símbolo de la vida espiritual que progresa —en el sentido propio del término— en vez de divagar, es decir, en vez de dispersarse según el requeri-

²⁴ M.-J. SCHEEBEN, *Las maravillas...*, 58.

²⁵ *Ibidem*, 58-59.

miento de la imperfección de las cosas materiales, que es propio de la vida activa cuando no se apoya sobre la contemplación y no surge de ella. Como decíamos al principio, esa vida activa no puede superar este límite porque, por naturaleza, está orientada hacia las cosas exteriores, que son materiales y contienen una intrínseca imperfección, además del influjo negativo de los pecados. A este respecto, dice Scheeben:

Cristiano, ¡qué maravilla y qué beneficio! Es como para exclamar con san Pedro: *Dios nos ha llamado a su luz prodigiosa* (IPe 2,9). ¿Pensaste acaso en la hermosura de esta gracia? Debemos estar reconocidos a Dios por la luz de nuestros ojos pues nos permite admirar la creación visible y todas sus maravillas; con todo, de este bien participan como nosotros los animales. Podemos estar orgullosos de poseer una luz bien superior, la de la razón, por la que conocemos, además del aspecto exterior de las cosas, sus propiedades, color, olor, gusto; la misma substancia de ellas, su armonía, su trabazón así como también los bienes espirituales, nuestra alma inmortal, la verdad, la virtud, la justicia y al mismo Dios en el espejo de la creación. Estaríamos muy ufanos, si poseyéramos todas las ciencias descubiertas por el humano ingenio o si tuviéramos toda la ciencia natural de los ángeles. Todo eso no nos daría a conocer la verdad y la bondad de Dios en sí mismo²⁶.

Es decir, siempre hay una distancia infinita entre el conocimiento natural que podemos tener y el conocimiento que nos da la gracia. Por eso el cristiano percibe la realidad de un modo distinto que los demás, precisamente porque tiene el germen de otro tipo de conocimiento, así como siente las cosas o tiene afectos diferentes de los demás, porque tiene el germen de ese amor divino, que surge en la vida de Dios.

Todo eso no nos daría a conocer la verdad y la bondad de Dios en sí mismo; con esa luz veríamos únicamente a qué distancia está nuestra naturaleza de la naturaleza divina y que el ojo humano es incapaz de penetrar el misterio de Dios. El pretender acercarnos a la luz inaccesible de Dios constituiría una impía temeridad. Nos aplastaría su gloria y la muerte sería nuestro castigo. *Nadie puede ver a Dios, sin morir* (Ex 33,20), dice la Escritura.²⁷

Eso pasa en la historia de la humanidad. En efecto, muchas veces el hombre, por su propio conocimiento, quiere comportarse como alguien que está a la altura de Dios, y después muere espiritualmente.

Agrega en otro lugar: *Aquel que pretenda sondear la majestad divina quedará agobiado por su gloria* (Prov 25,27). Pero lo que es imposible a los

²⁶ *Ibidem*, 59.

²⁷ *Ibidem*.

bombres, nota aquí San Ireneo, *es posible a Dios* (*Contra haereses*, 1.IV, c. 20, al. 37; cf. *Lc* 18,27). Poderoso y lleno de bondad, se abaja hasta nosotros para elevarnos hasta él. Él mismo nos introduce en su luz portentosa y nos colma de resplandores para que podamos ver esa luz. Canta el salmista: *En tu luz veremos tu esplendor* (*Sal* 35,10). Luego, tan solo en su luz veremos a Dios [...].

La gracia nos hace también participantes de la felicidad divina. Nos eleva al goce inmediato del bien supremo. La felicidad divina excederá nuestra felicidad natural en la medida en que la naturaleza divina excede la nuestra. El animal no tiene capacidad para los mismos goces que el hombre, objeto conocido solo del Espíritu de Dios; este objeto se recrea en bienes espirituales como son el orden, la armonía, la belleza, la verdad y la virtud. También la felicidad de Dios tiene un objeto particular, objeto que ni ojo vio, ni oído escuchó, ni ha sido probado por el corazón del hombre, objeto conocido solo del Espíritu de Dios; este objeto es su divina esencia. Pero cuando, por el Espíritu Santo, nos hace Dios participantes de su naturaleza, por ese mismo Espíritu nos revela el misterio de su felicidad; nos invita a gozarla, a ser compañeros suyos; nos coloca sobre su trono, nos manifiesta su luz y quiere que tomemos parte en su festín. Podría habernos dejado ante la puerta de su morada, a una distancia respetable. Admiraríamos la grandeza de sus obras, la hermosura de su mansión. Esta alegría, este honor, habrían colmado cuanto nuestro pobre corazón desear pudiera. Pero no; Dios quiere dejarnos contemplar su propia belleza en el gozo con que él, a una con el Hijo y el Espíritu Santo, es eternamente feliz. Esa hermosura reúne toda la belleza esparcida en la maravillosa variedad de sus obras y la desean ver los ángeles; un solo rayo de esta bastaría para dejar ebrios de gozo a todos los espíritus creados.

Ninguna creatura, en verdad, podría sospechar ni desear semejante felicidad. Grande, por lo tanto, deberá ser nuestro reconocimiento para con Dios²⁸.

La vida de la gracia es, entonces, participación de la vida trinitaria. Por tanto, así como en Dios hay un conocimiento que toma contacto con el nuestro —nuestro conocimiento se acerca al de Dios—, así también en Dios hay una vida de amor según la cual procede el Espíritu Santo. Y por esto, también se refleja en nosotros el fruto de ese amor en el gozo. Es un gozo que crece hasta la vida eterna, así como el conocimiento crece hasta ella. La vida cristiana, la vida de la gracia, por lo tanto, por sí misma implica una experiencia y una percepción nuevas de Dios y de la realidad, e implica un gozo nuevo, una felicidad nueva. Así como esa experiencia puede estar escondida por la superficialidad de la vida activa, así también ese gozo puede estar escondido

²⁸ *Ibidem*, 59-61.

detrás de la superficialidad de la vida activa que, por sí misma, pone impedimentos para ese gozo en cuanto está centrada en la acción sobre las cosas materiales, que son imperfectas y limitan intrínsecamente la posibilidad del gozo espiritual.

Por eso, para que la materia no impida el gozo espiritual —ni tampoco, el conocimiento— es necesaria la resurrección, es necesario que renazcamos espiritualmente, como le decía Jesús a Nicodemo en el principio del Evangelio según San Juan. No se puede tener ese conocimiento y esa felicidad sin renacer espiritualmente, lo cual se cumple hasta en nuestro cuerpo: por eso, vamos a resucitar. Pero comienza a cumplirse ya ahora en nuestra alma.

Había entre los fariseos un hombre llamado Nicodemo, magistrado judío. Fue este donde Jesús de noche y le dijo: «Rabbí, sabemos que has venido de Dios como maestro, porque nadie puede realizar las señales que tú realizas si Dios no está con él». Jesús le respondió: «En verdad, en verdad te digo: el que no nazca de lo alto no puede ver el Reino de Dios». Dícele Nicodemo: «¿Cómo puede uno nacer siendo ya viejo? ¿Puede acaso entrar otra vez en el seno de su madre y nacer?» Respondió Jesús: «En verdad, en verdad te digo: el que no nazca de agua y de Espíritu no puede entrar en el Reino de Dios. Lo nacido de la carne, es carne; lo nacido del Espíritu, es espíritu. No te asombres de que te haya dicho: Tenéis que nacer de lo alto. El viento sopla donde quiere, y oyes su voz, pero no sabes de dónde viene ni a dónde va. Así es todo el que nace del Espíritu»²⁹.

Por eso, estas reflexiones nos invitan a entrar en esa vida espiritual dejándonos llevar por el viento, que es el Espíritu Santo. No sabemos adónde va el viento; tampoco sabemos de dónde viene, puesto que el viento viene del Padre y del Hijo, que son la realidad infinita de Dios, y no sabemos adónde va puesto que va hacia Dios; nos lleva a Dios, nos impulsa hacia Dios, al cual no conocemos. Por eso, entrar en la vida de la gracia es penetrar en la vida del misterio, experimentarlo, renovar sus efectos que están presentes en nosotros: vida, por otra parte, que no se encuentra afuera sino adentro de nosotros, en nuestra interioridad espiritual. En efecto, por la gracia tenemos la presencia del Padre, del cual surge el Hijo y el Espíritu Santo que nos renuevan interiormente. Como decía San Agustín, no es ir hacia fuera —como en esa vida activa que comentábamos— sino ir hacia dentro. *In te ipsum*

²⁹ Jn 3,1-8.

redi, decía San Agustín, «vuelve dentro de ti mismo, en el hombre interior habita la verdad»³⁰.

Por tanto, debemos concentrar nuestra vida. *Concentrar* quiere decir *volverla hacia el centro*, y no hacia fuera, hacia la periferia, con tanto mayor esfuerzo y determinación cuanto más imperfectos nos veamos respecto de las cosas exteriores. Porque, claramente, hay etapas distintas en la vida espiritual. Algunos deben tener una vida activa que surge de la contemplación, y que no impide la vida de la gracia sino que la aumenta, porque permite que esa contemplación se despliegue de muchas maneras, como infinita es la verdad de Dios. Y a veces necesitamos, sin embargo, concentrarnos. El mismo Jesús nos lo enseñaba³¹: Él no necesitaba orar y, sin embargo, se iba a la montaña para hacerlo toda la noche e invitaba a los discípulos a hacer lo mismo, porque conocía nuestra debilidad.

Por eso tenemos que priorizar siempre ese movimiento interior sobre el exterior, especialmente cuando hay duda de si lo que hacemos hacia afuera nos hace crecer realmente en la unión con Dios en esa vida infinita, en esa experiencia nueva, en ese afecto que surge de la vida de Dios.

³⁰ SAN AGUSTÍN, *De vera religione*, CCL 0264, cap. 39, lin. 12: «Noli foras ire, in te ipsum redi».

³¹ Cf. *Lc* 9,28.